
Mateíto

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8647

Título: Mateíto

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 30 de julio de 2025

Fecha de modificación: 30 de julio de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Mateíto

Mateito llegó a la conclusión de que a un hombre como Saavedra, “que había sido hasta comisario”, no se le podía sepultar así, en un cajón sin pintar, de esos que daba el municipio a los pobres de solemnidad. Y sin velorio además, porque velas no daban.

—Los que no tienen parientes son parientes de todos, pensó, y resolvió iniciar una colecta de dinero para dar a Saavedra una sepultura como la gente.

Reunió así el dinero necesario para comprar el cajón y prender un velorio de ocho velas.

Machado trajo una botella de caña y medio kilogramo de café para la concurrencia.

Casi al amanecer un camionero que se acercó a preguntar donde estaba la boca de la carretera, dejó cinco pesos.

—No conocía al finado — dijo. Y agregó: —Soy solo y en el camino ando. ..

Mateíto compró una corona y le puso una tarjeta. Un camionero sin familia, decía.

* * *

Lo sepultaron en “el campamento”. Le decían así al espacio que ocupaban las tumbas en tierra. Y le pusieron la corona sobre el lomo de tierra que cubría el cajón. Sobre el pecho más o menos.

Al ascender la escalera que separaba el campamento de la

zona de los panteones, allí donde la tierra valía más que frente a la plaza, Mateíto se volvió para mirar la tumba solitaria. El sol hacía arder las hojas doradas de la corona.

Miren —les dijo Mateíto a los otros —señalando el lugar— y digan si no hemos hecho una obra de caridad.

Me gustaría que el del camión viera la corona, respondió Machado.

* * *

Mateito era delgado, atildado, amigo de expresarse bien. Calzaba siempre zapatillas de terciopelo bordadas. Andaba siempre como deslizándose, “pisando en el aire”. Le decían “el livianito”.

Alegando su poca salud trabajaba poco. Lo menos que podía. Y eso en trabajos “livianitos”.

—Venta de números de lotería. Repartos de invitaciones para bodas o funerales. Cosas así.

* * *

La solidaridad de los pobres, entre sí sabía el camino de la casa de Mateíto.

Se nos fue fulano, anunciaban. ¿No se anima a hacer correr una lista?.

Mateito iba por los papeles necesarios. Pedía el cajón al municipio. Lo forraba de merino. Un merino con olor a miseria que sólo servía para eso y para vestir dolientes tan pobres como el muerto. Luego con tachuelas doradas —que clavaba en la tapa— formaba aquellas letras: P. D.

—Me parece que le erró en las letras don Mateito, observaba alguien..

—No. Dicen paz descansen. Todos los muertos, ricos, o pobres,

“llevan” paz descanse, explicaba.

Luego salía con la lista. Conocía bien la vida del difunto. Por eso no erraba tiro.

—Uno porque fue patrón del finado... Otro porque fue compañero... Usted tiene que conocer bien la vida del muerto para que los vivos le respondan... Los buenos a veces están dormidos y usted faene que despertarlos, despacio.

—Al que le van a pedir, le gusta que le digan que tiene buen corazón...

Así fue haciendo su profesión porque ahora cada muerto le dejaba algunos pesos para alpargatas.

* * *

Ahora estaba allí. Nada menos que de gerente de la Empresa de pompa, fúnebres de Méndez, un gallego que se había enriquecido prestando plata, comprando sueldos y enterrando gente.

—Me fue a buscar —le cuenta Mateíto a un amigo que después de faltar por años del pueblo, está allí visitándole— El gallego es un rico pobre que no puede con el cuerpo. Tal vez tenga dos toneladas... Y termina:

La gente cree que la riqueza se hace con oro...

Le mostraba la carroza de conducir, los ataúdes al cementerio. Cuatro negros hincados sostenían el techo donde un ángel parado en puntas de pie señalaban el cielo con el índice.

La voy a reformar... ¡Cómo van a estar así esos negros!... ¡Aquí la esclavitud se terminó hace años!...

Ahora los ataúdes. Señalaba en la larga hilera de cajones parados, sin tapa, esperando su carga, el hueco que

correspondía a uno de ellos.

—Aquí había uno de roble y esculturas... Lo traje yo mismo calculando que se lo iba a llevar el Doctor. ..

—¿Lemos?

—Si. Se casó con la viuda de Arbelo... Mejor dicho, con el campo. Para irse a Europa y no trabajar más. Y resulta que se lo está comiendo un cáncer... Pero otro le ganó de mana. Un burro con plata, de "afuera", que ni panteón tenía. Roble y bronce que fue a parar a un pozo de tierra ... ¡Es así!

* * *

Los contratos de "el servicio" se firmaban como vales. Porque la gente cuando muera un pariente llora y encarga lo mejor... Después, al pagar, son las dificultades.

Porque con pagar el servicio no va a resucitar el muerto, dice con sarcasmo Mateito, comentando esto.

* * *

Machado estaba allí. Acababa de morir la hermana. Encargaba el ataúd y "la capilla". Quería un servicio de tercera pero con capilla.

—Tenés que conseguir una garantía —le responde Mateíto.

Machado se queda sin respuesta. Le parece absurdo, imposible, que su amigo, su compañero de siempre le haya dicho aquello.

—¡Parece mentira! —dijo al fin—. ¡Que cosa horrible!

Y se fue.

Sentado en una silla como si la frase le hubiera pegado como un palo Mateíto lo vio perderse en la calle.

* * *

Venían con el cajón del municipio cuando Mateíto terminaba el trabajo. Ya estaba la finada entre las velas. Al fondo el vidrio de colores con vírgenes y ángeles al que los cabeceos de las velas acercaban y alejaban de la muerta.

Mateíto se acercó a Machado.

—Mañana cuando el gallego me reciba la casa, vengo a pasar el día contigo.

—¿Dejás?

—Dejo

Y se fue livianito y feliz de seguir siendo Mateíto.

Publicado, originalmente, en: Suplemento dominical de El Día Año XXII N° 1057 — Montevideo, 19 de abril de 1953.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en

extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables, forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.